

Diagonal y Florida

Ocurre con las ciudades como con los sueños: todo lo imaginable puede ser soñado pero hasta el sueño más inesperado es un acertijo que esconde un deseo, o bien su inversa, un miedo.

Italo Calvino, "Las ciudades Invisibles"

Hace poco tuve que ir para el centro. Hacía mucho que no iba y me hizo recordar mis épocas de estudiante secundario, los viajes en el colectivo 111 hacia hasta la escuela *Otto Krause*, en *Paseo Colón y México*, recorriendo calles oscuras como *Maipú y Diagonal Norte*, la plaza de Mayo apenas amanecida y el aire frío de la mañana colándose entre balcones de más de cien años...

Los edificios persisten, con sus cúpulas y cornisas, pero han cambiado la cara: las vidrieras muestran todo tipo de mercadería nueva. Sin ir más lejos me viene a la mente un bar que estaba en la esquina de *Diagonal y Florida*. A esa hora de la mañana era uno de los pocos locales iluminados y desde la ventana del colectivo se podía ver a uno de los mozos poniendo las tazas boca abajo en una bandeja sobre la máquina de café, para que se calentaran. Esta actitud siempre me pareció de una delicadeza extrema; algo que haría una abuela para sus nietos, con amor y sabiduría. Dos o tres personas, no más, sentadas en la barra, leyendo el diario. Medialunas de manteca y de grasa que se adivinaban recién salidas del horno. Otro mozo bajando las sillas de las mesas junto a la vidriera.

Todo eso en un instante fugaz, que se terminaba con el empujón hacia atrás con el cambio del semáforo y el colectivo arrancaba raudo y daba la vuelta frente al Cabildo.

Siempre tuve ganas de bajarme ahí y tomar un café con leche, con medialunas. Hojear el diario tranquilamente (aunque no me interesara), mientras hombres de traje apuran el último sorbo antes de entrar a trabajar en alguna de las tantas oficinas de esos viejos edificios.

Ganas de bajarme del colectivo e ingresar a ese otro mundo, con olor a café. Pero entonces, no lo sabía como ahora, el mandato de lo debido era más fuerte. Nos rateábamos, es cierto. Nos asegurábamos de dar el presente y nos escapábamos por la puerta principal inventando excusas que la portera siempre creía, y nos íbamos a desayunar al bar del gallego, sobre avenida Belgrano, a un paso de la iglesia de Santo Domingo. No solíamos ir más lejos porque generalmente volvíamos para las clases de los profesores que controlaban la asistencia.

Ahora brilla una nueva vidriera en esa esquina. ¿Dónde quedó la magia de aquel café de *Diagonal y Florida*? Añoro algo que nunca tuve.

Sin embargo no me resigno y me pregunto si así como al caminar por las calles de San Telmo uno siente que podría estar viviendo en otra época, no es tal vez posible visitar aquel bar de mis recuerdos, hace años, una mañana temprano, mientras hiela en las calles de Buenos Aires.

Ya sé que eso es imposible, que lo pasado pisado, y que aquel bar ya no existe. Pero es que no busco un lugar real, con ventanal de madera y vidrio, sino ese bar que persiste en mi memoria, cálido y borroso, por menos de un segundo, como un destello. No me propongo una visita imaginaria, con toda la lógica que eso implica, sino más bien encontrarlo en un sueño, donde pueda sentir el olor a café y el calor del ambiente al entrar y cerrar la puerta, donde es posible que me queme la lengua si me apuro en

llevar la taza a mis labios. En algún lado leí que todo lo imaginable puede ser soñado, por lo que no sería extraño soñar que mojo una medialuna en el café con leche, en un bar que ya no existe.

Durante varios días me fui a dormir con la idea de ese sueño en la cabeza. Si bien mis destinos soñados se fueron acercando, no lograba que coincidieran con el que me había propuesto. Una noche soñé que estaba en París, caminando por los *Champs-Élysées*, y llegaba a una esquina que era la de *Diagonal Norte y Florida*, no porque se pareciera, sino que, como suele ocurrir en los sueños, sabía que se trataba de ese lugar. Pero del bar ni rastros. Otra noche soñé con que tomaba el 111, pero el recorrido que hacía nada tenía que ver con el que recordaba, y pronto dejaba atrás los edificios y se adentraba en una ruta, camino a la costa.

En el sueño de anoche, por algún motivo me encontraba esperando ser atendido en el edificio de “rentas”, en *Viamonte y Suipacha*. Estaba repleto de gente y faltaban todavía como cien números para el que me había tocado (986), así que salgo a dar una vuelta. Entro a una librería de usados, a hojear algún libro, y encuentro una obra inexistente de *Lugones*. “Qué raro” me digo, “no sabía que *Lugones* había escrito esto”. Al salir, me cruzo con un compañero del secundario cuyo nombre no recuerdo, pero al que le decían “el topo”, con quien nunca más tuve contacto desde que egresamos. Está igual, tal vez con algunas canas, pero de la misma edad que en el secundario, y me saluda como si nos viéramos todos los días.

– Dale, seguime –dice – hace rato que nos están esperando –

Mientras, se larga a llover. No sé cómo, pero al instante siguiente estamos en *9 de julio y Corrientes*. “Vamos” insiste y cruzamos hasta el obelisco. Mi compañero saca una llave y abre la pequeña puerta que conduce a su interior y me invita a pasar. Lo de la llave no me pareció extraño, porque en la escuela unos compañeros, por medio de una increíble maniobra de distracción, habían logrado hacerse con la llave del portón de la escuela el tiempo suficiente como para hacer una copia que les permitía entrar y salir a gusto.

La entrada del obelisco daba a una escalera, pero contrariamente a lo que esperaba no subía, sino que se sumergía en las profundidades, hacia un túnel con paredes de tierra y tirantes de madera, regularmente iluminado con antorchas. Mi ex-compañero de estudios me cuenta que se trata de una construcción que hicieron los jesuitas hace aproximadamente una década. Cuando quiero preguntarle más, desaparece delante de mí. Aunque trato de seguirlo, no lo alcanzo. Entre tinieblas pueden verse túneles laterales, que sin necesidad de que nadie me lo diga, sé que conducen al *Nacional Buenos Aires* y a *la Manzana de las luces*. En una bifurcación encuentro ahora a un excompañero de la primaria, que había dado el examen de ingreso al secundario, pero no lo había pasado y entonces se había tenido que ir a otra escuela, de peor nivel. Ahora, solo, vagaba perdido por los túneles oscuros y pedregosos. Iba a preguntarle por sus cosas (tampoco lo había vuelto a ver), pero desde más adelante me llegó la voz del *Topo*, llamándome para que lo siguiera. Caminé hacia el lugar desde donde creía haber oído la voz y me topé con una puerta entornada que, al cruzarla, me condujo al pasillo iluminado con unas mortecinas luces eléctricas del subsuelo del *Otto Krause*. Había olor a humedad y se sentía que la tierra temblaba, con un ruido como de truenos. No tuve dudas: eran los impactos de las bombas del 55.

En el sueño, recordando la leyenda escolar que decía que *Juan Domingo Perón* había escapado de la Casa Rosada por un túnel hasta el *Otto Krause* y desde allí, disfrazado de portero, había salido por la puerta principal, pensé que en cualquier momento lo vería pasar junto a mí. El mito se había metido en lo que ya parecía una pesadilla.

Mientras las paredes temblaban atravesé los cien metros de pasillo hasta la escalera del otro extremo, recordando otra historia de ese lugar: en los 60s allí se habían

filmado escenas de “*el fantasma de la Ópera*” con *Narciso Ibañez Menta*, que nunca vi. Al subir, salí directamente al Hall donde en penumbras se adivinaba abierta la amplia puerta de hierro, y de allí a la calle. Había anochecido y garuaba levemente. La avenida *Paseo Colón* estaba casi desierta y decidí a caminar hasta Plaza de Mayo para tomar el subte, aún cuando el subte no me llevaba a mi casa. La plaza, sin gente, estaba llena de banderas y de papelitos. Imaginé que sería porque habíamos ganado hacía poco el mundial de fútbol (del 78) o quizás por la recuperación de Malvinas.

Cuando quise bajar al subte vi que ya estaba cerrado y empecé a buscar con la mirada una parada de colectivo. De la nada, un muchacho pasó junto a mí, y cuando iba a cruzar la calle fue detenido por dos personas que bajaban de un *Ford Falcon*. Le pidieron documentos y como no los tenía, le dijeron que subiera al auto con ellos. Ahí me di cuenta de que se trataba de “el topo” y, al mismo tiempo, de que ya no lo volvería a ver. Y que no me llevaría con los otros que nos esperaban.

Seguí caminando, haciéndome el distraído, porque había empezado a notar el peligro que corría. Cuando estoy llegando a la esquina de Bolívar escucho que me gritan, pero salgo corriendo por Avenida de Mayo. Paro frente a la puerta del *Café Tortoni*, para ver si me siguen. En pocos segundos llego, por las propiedades mágicas de los sueños, a *9 de julio y Corrientes*. Está lleno de gente, festejando que dejamos fuera a Italia en el mundial. Entre la multitud veo a dos hombres uniformados revisando la puerta del obelisco y mirando alrededor, como intuyendo mi presencia.

Pasa un colectivo y, sin detenerme a mirar hacia dónde va, lo tomo. Está vacío (debe haberse desviado por la gente) y me siento en el fondo. Después de un rodeo, toma por *Diagonal Norte*. En el fondo se ve que empieza clarear, y noto que hace frío. El colectivo se detiene frente a un semáforo y me doy cuenta de que estamos en *Diagonal Norte y Florida*, y que ahí está el bar de mis recuerdos. Veo un muchacho de quince o dieciséis años tomando café con leche, en la mesa del ventanal. Quiero bajar, pero el colectivo ya arranca y el sacudón no se siente en el asiento, sino en la almohada, porque ahí el sueño de pronto se termina.

Hace poco tuve que ir para el centro. Hacía mucho que no iba y me hizo recordar mis épocas de estudiante secundario, los viajes en colectivo tan temprano, tan de mañana. Recordé una ocasión en la que, en vez de ir al secundario, me bajé en *Diagonal Norte y Florida* y me fui a desayunar a un bar que había ahí y que ya no está. Café con leche y medialunas, hojeando el diario. Después, no sé si fui a la escuela o no, pero recuerdo ese momento de mi historia personal como si hubiera ocurrido ayer.

Sergio Alberino 2006
Revisión 2016